

McSidra

COEXISTEN en el corazón humano una emoción de lo local y una emoción de lo universal, a veces enfrentadas, y otras veces alternas como una mera cuestión de modas del pensamiento. La Historia, que es pendular, guarda sus ciclos y vaivenes. El corazón siempre tiene sus razones. A la bucólica emoción por el terruño, alentada por el romanticismo, le sucedió la emoción por la velocidad y el progreso.

El noble afán cosmopolita, concepto liberal que ya suena caduco, ha devenido en peligro de globalización y uniformidad por mor de las nuevas tecnologías de la telecomunicación. El monóxido de las ciudades ha inspirado una nueva exaltación del verde y de lo rural, acompañada de una conciencia de preservación.

En 1970, estando Franco muy gagá, ya era posible el aprendizaje del euskera —aunque fuese por correspondencia: quien algo quiere, algo le cuesta—, pero admitamos que entonces *no se llevaba*, estaba considerado como rural por los propios vascos, que entonces preferían el *idioma moderno*, francés para los guipuzcoanos, más anglófila la zona de Bilbao.

Si las discotecas se llamaban *boîtes* era por el gusto propio de la época, siempre marcado por las hegemonías culturales.

Hay que ser muy local para ser universal, dice Josep Pla. Tal vez surgieran los *McDonalds* como una emoción local propia de Minnesota. ¿Y no son ya las sidrerías una emoción universal?